
Sobre la memoria

Sandra Lorenzano

Para Yiyí

Quisiera dedicarle estas páginas al grupo HIJOS,
"Hijos por la Identidad y la Justicia
contra el Olvido y el Silencio", de México.

*Lo que Ulises salva del loto, de las drogas de Circe,
del canto de las sirenas, no es sólo el pasado o el futuro.
La memoria sólo cuenta verdaderamente
—para los individuos, las colectividades, las civilizaciones—
si reúne la impronta del pasado y el proyecto del futuro,
si permite hacer sin olvidar lo que se quería hacer;
devenir sin dejar de ser, ser sin dejar de devenir.*

ITALO CALVINO

*¿Es posible que el antónimo del olvido
no sea la memoria sino la justicia?*

YOSEF YERUSHALMI

La memoria —la nuestra, la de ustedes, la de Ulises— es no sólo recuperación del pasado, sino fundamentalmente una apuesta al futuro. Para los griegos, memoria e imaginación pertenecían a la misma parte del alma. ¿Cómo seríamos capaces entonces de imaginar un futuro posible si canceláramos la memoria? Es decir que recordar no significa volver la cabeza hacia atrás como Jano, porque lo que corremos el riesgo de olvidar se sitúa también en el porvenir. Y para los indivi-

Texto leído en la presentación de *debate feminista*, número 22.

duos y las comunidades es tan importante el recuerdo no amputado del presente, como la memoria no amputada del futuro.

¿Para qué otra cosa sirven los genocidios sino para borrar la memoria del futuro? Múltiples futuros posibles son los que han sido “desaparecidos” de la memoria oficial a lo largo de los siglos; algunas cicatrices aún permiten, sin embargo, imaginar las historias que no fueron. Si “amnesia” y “amnistía” tienen un origen etimológico común que refiere a un campo semántico compartido, rescatar la memoria de su posible caída en el agujero negro del olvido es un gesto político opuesto al perdón, la reconciliación o el intento de hacer tábula rasa que buscan imponerse por decreto.

Hablando del origen del pañuelo blanco que usan las Madres de Plaza de Mayo, en Argentina,, cuenta Hebe de Bonafini, su presidenta:

Nuestro pañuelo tiene su propia historia. Cuando se hizo la Marcha a Luján, principalmente de estudiantes, decidimos ir.

Pensamos entonces en la forma de encontrarnos y reconocernos; es cierto que muchas nos conocíamos las caras, en el rostro llevábamos la tragedia de la desaparición de nuestros hijos, pero ¿cómo íbamos a reconocernos en medio de la multitud? Entonces decidimos llevar algo que nos identificara. Así una madre sugirió que nos pudiéramos un pañal de nuestro hijo, porque ¿qué madre no guarda un pañal de su hijo? Y así lo hicimos.¹

¿Qué madre no guarda un pañal de su hijo? Y este pañal es hoy el símbolo, precisamente, de la lucha por la memoria. Y por eso propongo pensarlo para todos, ya que como todo símbolo, debería ser incluyente; y por eso propongo pensar hoy en la memoria, porque sabemos que el olvido sería una segunda desaparición de la gente querida. La primera, la más cruel, no pudimos evitarla; para evitar la segunda “Es necesario reconstruir sus historias, contar y contarnos que todos fueron antes que víctimas, personas, y que tenían mucho antes, mucho mejor que sus muertes, una vida.” (Buena memoria, p. 12).

Ni olvido ni perdón para Cavallo, ni olvido ni perdón para los que dispararon en la Plaza de las tres culturas, ni olvido ni perdón para un general chileno (cuyo nombre no se me antoja para nada pronunciar), ni olvido ni perdón para los asesinos de Alaíde.

¹ En Liliana Caraballo, Noemí Charlier, Liliana Garulli, *La dictadura (1976-1983) Testimonios y documentos*, Oficina de Publicaciones Ciclo Básico Común (Universidad de Buenos Aires), Buenos Aires, 1996, p.128.

Sabemos, como lo supieron Primo Levi y Walter Benjamin, que sólo la memoria nos salva del silencio, que sólo la memoria nos salva de la muerte. En un momento de la historia en que la velocidad tecnológica y una mirada que anquilosa el pasado a través de su “musealización”; en un momento en que la propia palabra *memoria* ha perdido densidad y espesor conceptual, y nada hay más fácil que apretar la tecla “delete”, defender la posibilidad del recuerdo es un acto ético.

Y este número de *debate* es una apuesta a la memoria, como siempre a contrapelo de las tendencias dominantes, lejos de la inmediatez y de la lógica arrasadora de lo instantáneo. Por eso, Alaíde Foppa nos sonríe desde cada una de las fotos que aparecen, nos habla en cada uno de los poemas, nos conmueve en cada uno de los testimonios de sus hijos, en la carta de su nieta... ¿Cómo podríamos pensar en los 30 años del movimiento sin recordar la entrega y el compromiso, la alegría y el entusiasmo con los que Alaíde asumió su feminismo? ¿Cómo podríamos separar la celebración de las tres décadas del recuerdo dolido por los 20 años de su desaparición? Sabemos, como lo escribe Francesca Gargallo —citando a Eli Bartra— en el inicio de su reseña sobre el libro *Feminismo en México. Ayer y hoy*, que “30 años son muchos para nuestras vidas pero muy pocos para la historia (...) No obstante, en nuestras vidas y en la vida de millones de mujeres son tan protagónicos como no lo han sido los últimos cinco milenios.” (p. 325) Por eso, les juro que quisiera haber escrito un texto festivo, jocoso, en el que hablara de la llegada a los 30 años —momento crítico en el que las mujeres nos preguntamos por qué ahora que la experiencia nos vuelve “interesantes” los estudiantes empiezan a tratarnos “de usted? ¿por qué a las ganas de embarcarnos en nuevos y prometedores proyectos se le suma la caída —más lenta que antaño, gracias al gimnasio, pero sin duda igualmente irreversible— de las carnes? Me gustaría haberles hablado del desasosiego que signa los 30 años, el mismo que se agudiza asquerosamente —si me permiten el adverbio— a los 40 (y lamentablemente lo digo por experiencia), y hacer con todo esto una canto a la edad, a la que tiene el movimiento feminista en México y a la que alguna vez tuvimos o tendremos todas nosotras; un canto que partiera, por supuesto, del tango porque “Si 20 años no es nada”, 30 sí lo son y estamos muy orgullosas de que así sea. Pero van a tener que perdonarme: los ojos de Alaíde me miraban desde cada una de las palabras que intentaba escribir. Aunque yo, como el poeta que nunca entró en Granada, nunca conocí a Alaíde, adentrarme en el trabajo que preparamos juntas Lucero

y yo, fue un regalo que me hizo la vida, no por doloroso menos significativo. Escribió Alaíde:

Cayó una piedra
en el lago.
Sordo viaje
la lleva al fondo.
Cuerpo muerto
en el hondo
silencio,
como la pena
que yo escondo.

El regalo fue el permiso que me dieron Laura y Mariana, una de las hijas y la nieta de Alaíde, para deambular junto con ellas por los caminos de la memoria. Las cuatro —ellas dos, Lucero y yo— fuimos en realidad 5, 6, 7 en esas maratónicas proyecciones de diapositivas familiares que convocaron los recuerdos, las bromas y las lágrimas. Estábamos nosotras cuatro, pero estaban también Alaíde y Alfonso, Juan Pablo y Mario —los hijos asesinados por el ejército guatemalteco—, Silvia y Julio, y una historia que, a pesar de los despiadados intentos de algunos, no se canceló ni se terminó el 18 de diciembre de 1980, día del secuestro de Alaíde.

¿Cómo guardar intacto
tu recuerdo?
Ya no encuentro
todas tus palabras,
y del cálido contacto
de tu mano,
casi no me acuerdo.

Fue tan breve nuestra hora
que mientras transcurría,
mi corazón no pudo
contener entera la alegría
de tu presencia.

Busco en vano
el bien que no cabía
entre mis manos.
Y mi amor no halla reposo
en los pálidos destellos
de un tiempo pasado,
que no llegó a ser dichoso.

Además del collage que se nos volvió acordeón dentro de las páginas de la revista —yo diría más bien que se volvió bandoneón pero no quiero que me consideren excesiva—, dos textos recuerdan a Alaíde Foppa: uno es la semblanza que de ella hace Annunziata Rossi; sobria, contenida, aunque se percibe la emoción en la escritura, sobre todo al comienzo cuando habla de sus propios rodeos por las calles de la colonia Florida “para evitar la casa de la esquina de Camelia y Hortensia, donde Alaíde vivió largos años con su familia” (p. 104). El segundo texto es de Nathalie Ludec quien reconstruye, a partir de datos reunidos por internet, la vida de Alaíde Foppa. Pero, sin duda, lo más conmovedor son las palabras de su propia familia, de los sobrevivientes del doloroso naufragio.

Ella se siente a veces
como cosa olvidada
en el rincón oscuro de la casa,
como fruto devorado adentro
por pájaros rapaces,
como sombra sin rostro
y sin peso.

Su presencia es apenas
vibración leve
en el aire inmóvil.

Siente que la traspasan
las miradas
y que se vuelve niebla
entre los torpes brazos
que intentan circundarla.

Quisiera ser siquiera
una naranja jugosa
en la mano de un niño
—no corteza vacía—
una imagen que brilla
en el espejo
—no sombra que se esfuma—
y una voz clara
—no pesado silencio—
alguna vez escuchada.

En *debate*, como en una familia, como en una casa (y aprovecho para destacar el excelente y foucaultiano trabajo de María Inés García Canal “La casa: lugar de la escena familiar”), cada uno busca fortalecer el conjunto y a la vez su propia parcela. Y *debate* da para todos (en realidad, decir *debate* es una abstracción, en este caso se trata realmente de Marta Lamas que, generosa y tolerante, escucha y da chance). Alguna vez Lucero González decía (como lo ha dicho muchísimas veces Carlos Aguirre) que habría que darle más peso a los trabajos visuales. Creo que de a poco, aunque reconozco que a veces es demasiado “de a poco”, lo vamos haciendo. Por eso me interesa subrayar el trabajo con las fotografías que Lucero propuso para el acordeón.

También la poesía parecía haber sido olvidada por *debate*, y Mónica Mansour que era una de las amigas que con más persistencia lo reclamaba, ha comenzado a hacerse cargo de esta sección habitada hoy por la palabra poética de Alaíde. Si quisimos que este número diera cuenta, entre otras cosas, de algunas de las deudas del feminismo, también empezamos a intentar saldar nuestras propias deudas.

Hay que reconocer que esta vez no fui la única que dejó de lado el espíritu jocosos, salvo honrosas excepciones (gracias Liliana y Jesusa); me acompaña en esta sensación la excepcional portada. Si los diseños de Carlos Aguirre me resultan siempre sumamente atractivos, tengo que confesarles que ésta, con su contundente sobriedad, es una de mis favoritas. Me quiebra por dentro el sutil quiebre de la palabra servicios que alude entre otras cosas a uno de los temas pendientes del feminismo: el trabajo doméstico. Voy a dejar que Mary Goldsmith y Hortensia Moreno se ocupen de ese territorio, mientras que yo me abismo en la superficie hipnotizante de esas planchas que me golpean la cara. Por primera vez, Carlos Aguirre no sólo diseña sino que dice con palabras lo

que piensa —implacable y lúcidamente— de nuestro querido ladrillo. Y termina hablando de la creciente censura producto de la derechización de la sociedad. Sin duda, *debate* es frente a esto una opción de ruptura. “El único problema (estoy citando la entrevista que le hizo Lucero) es que no lo vendan en Sanborns, pero dudo, termina Carlos —Aguirre, no Slim— que alguien lo compre en Sanborns” (p. 244).

Las planchas son también una suerte de imposible espejo. Allí donde quisiéramos no vernos y mucho menos —dolidas Alicias— que exista lo que nos espera del otro lado. Porque allí está Paulina con el asombro de la infancia aún en el rostro, ese rostro que nos hizo ver Maricarmen de Lara en el video proyectado el jueves pasado en el Centro Cultural San Angel (por cierto, otro espacio perdido frente al PAN). Y Paulina es la lucha y la valentía, el orgullo y la fuerza. El rostro de Paulina, las palabras de Paulina denuncian el horror y la intolerancia de nuestra sociedad, la negligencia y el autoritarismo. Con la publicación de ese texto, querida Paulina, todas las que hacemos *debate* queremos mandarte un inmensísimo abrazo, tibio y apapachón. El abrazo va también para la valiente Socorro Maya y para las mujeres del grupo Alaíde Foppa (qué bueno Alaíde que tú estés también por ahí). Por supuesto —¿acaso hace falta aclararlo?— esas páginas las firma Elena Poniatowska, y otra vez gracias a Jesusa y a Liliana por esa canción genial que cierra la sección Argüende y que espero que canten ellas mismas, porque si lo hago yo corro el riesgo de no ser invitada nunca más a una presentación.

Me gustaría por último, hacer referencia a dos documentos que aparecen en la revista. Uno es la fuerte y conmovedora “Declaración política” leída en abril de este año por Gina Vargas en la conferencia Beijing+5 a nombre de las organizaciones civiles de mujeres de América Latina y El Caribe. ¿Me permitirían leerles la primera parte?

Señora Presidenta:

No sé si decir “buenas tardes” Sra. Presidenta. No sé si decir buenas tardes señores y señoras delegadas.

¿Se puede decir “buenas tardes” a tardes como ésta?

¿Son buenos los días en que una sola palabra puede hacernos perder de vista que tras ella está la vida de millones de mujeres?

¿Qué palabra puede valer más que los propios conceptos que representa?
¿Cuál vale más que las traficadas?, ¿qué el valor que en este mismo instante están produciendo las horas del trabajo infantil? ¿Qué palabra vale más que el

miedo de las mujeres que viven en las zonas de conflictos? ¿Y mucho más cuando ese territorio de conflicto es el propio cuerpo de esas mismas mujeres? ¿Es que hay una sola palabra que valga más que las mujeres migrantes trabajando sin derechos y sin horarios?

¿Con una sola palabra se puede ocultar la discriminación y la exclusión? ¿Qué colores tienen las palabras? ¿En qué lengua, en qué cultura, se originaron las mejores y las peores palabras? Con qué lengua o con qué cultura se pretende devaluar la diversidad de rostros, razas, etnias, historias y luchas de nuestras mujeres?

¿Se puede llamar buenas a las tardes, a los días, en que los gobiernos se hacen sordos a los compromisos que nosotras asumimos y ustedes no respetaron?

El segundo documento al que quiero referirme es el acta de nacimiento de *Epikēia* que, como ustedes seguramente lo saben quiere decir “equidad” en griego. Y no es poca cosa nacer bajo tal amparo, y querer vivir en “una sociedad justa y democrática. En una sociedad donde ser mujer u hombre no determine toda la vida. En una sociedad de diferentes pero iguales en derechos... Nuestro campo es la sexualidad y la reproducción. Nuestra herramienta son los derechos. Y fundamentalmente el derecho a decidir sobre el propio cuerpo como derecho constitucional y como derecho humano a la intimidad y a la integridad corporal. Como derecho a la vida” (p. 293). Bienvenida al mundo *Epikēia*, ojalá tengas toda la suerte que te mereces también ustedes, los padres de la niña: Adriana Ortega, Verónica Rodríguez, Isabel Vericat, Federico Campbell, Mónica Mansour y Elena Poniatowska.

Sospecho que no es casual que *Epikēia* nazca junto con *debate feminista* número 22, ya que, y cito el Diccionario de Los Símbolos de Jean Chevalier, “este número simboliza la manifestación del ser en su diversidad y en su historia. (...) Es —sin ir más lejos y les juro que no se trata de un juego borgeano sino que de verdad es una cita— es la conclusión de la obra del creador, del término de las palabras, de la cifra del universo” (p. 1051)

¿Qué mejor número, entonces, para recordar a la entrañable Aláide, para celebrar nuestros 30 años, para acompañar a Paulina? ¿Qué mejor número para hacer de la memoria un compromiso ético, para imaginar un futuro que no nos pueda ser amputado?

Sabemos, junto con Yosef Yerushalmi y varios miles más —¿quizás millones?— que el antónimo del olvido es, por supuesto, la justicia.